

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Funeral mormón



Este triste asunto ocurrido en Chihuahua, tierra que yo quiero mucho porque, entre otras cosas, nos dio cobijo a mi padre y a mí, cuando al autor de mis días le vino la ventolera de que íbamos a buscar oro en una zona llamada Guazapares particularmente inaccesible e inhóspita de dicho Estado. Comento, de paso, que la búsqueda fue exitosa pues en cinco años obtuvimos casi 200 gramos del precioso metal. El oro así obtenido se lo obsequió mi padre a mi madre que no estaba nada contenta con las veleidades mineras de mi jefecito santo y así, para mostrarle el poco aprecio que sentía por el oro recibido, mandó que me hicieran un santo anillón como de Papa renacentista que yo me tenía que poner para no despertar sus furias que podían ser míticas y espantosas. En alguno de mis juveniles tejemanejes amorosos intercambié el anillón con una chica que a cambio me dio un pinchurriente arito de improbable plata con una piedrecita verde que parecía, no digo que lo fuera, moco fosilizado. Al poco tiempo del intercambio, se presentaron diferencias irreconciliables con la nacorochita ésta y como todo concluyó en violenta ruptura, a mí me pareció decente devolverle a esta veleidosa compatriota (cuyo papá hacía trampa al jugar baraja y yo tenía que aguantar vara y hasta felicitarlo) su arito con la mucosi-

dad, pero ella no sintió el menor impulso de devolverme el anillón y ahí quedaron las cosas. Jamás le reclamé tan fea conducta porque, desde la cuna, soy un caballero y porque su papá tenía pistolas y equipo de cacería. A mi mamá le tuve que inventar una complicadísima historia musulmana que ella nunca acabó de creerse y así con esto termina la movida historia del anillón que nació en Chihuahua y murió a manos (en manos) de una naquilla capitalina. De inmediato restituyó mi entera atención en Chihuahua y procedo a externar la enorme compasión que me han hecho sentir los mormones de por allá y que se hace extensiva a nuestro país entero. Es aterradora la impunidad de la que gozan el crimen y la delincuencia en el México de hoy. En México, ya se sabe, siempre hemos sido violentos y cantamos como si fuera motivo de orgullo que entre nosotros "la vida no vale nada". Como digo, ya éramos violentos, pero la abdicación práctica y cotidiana de nuestras policías y nuestro sistema de justicia, la irrupción del narco que abona precisamente con violencia el terreno donde se establece y la naturalidad con que una cultura mira el hecho de dar o recibir la muerte violenta; todo esto nos tiene a los ciudadanos en la total indefensión. Explicablemente nos hemos vuelto miedosos, incapaces de alzar la voz, o de adquirir alguna notoriedad, quejumbrosos pero pasivos y sin más esperanza que la de no ser avistados, ni

tropezar impensadamente con alguna de las mil formas de la violencia.

Si en México hay una comunidad pacífica, tranquila y trabajadora es la de los mormones allá en Chihuahua. En mala hora los beneficiarios del secuestro y actividades relacionadas vinieron a avistar a un miembro de esta comunidad. El resto ya ha sido material de difusión para la información electrónica y escrita. El asunto comenzó con un secuestro, siguió con una marcha de protesta y terminó con dos asesinatos. Yo no sé para qué nos dicen que hay gobernadores y que hay procuradores y policías y Presidente. Frente al crimen, no significan nada ninguno de ellos. Los asesinatos trabajan con toda calma ya sea en Galeana, Chihuahua, o en cualquier otro lugar del país. Algo tendrá que suceder. Nosotros tenemos que provocarlo.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDLXXXVIII (1588)

Manlio Fabio acaba de informarnos que "no hay peor castigo que perder". Yo deseo que exista un amanuense que vaya recogiendo estas escogidas joyas del pensamiento que nos regala Manlio Fabio. Se pueden perder.

Cualquier correspondencia con esta columna norteña, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

